



ELIGE LIBRE ¡VIVE LA DEMOCRACIA!

Nazario y la tortuga mágica

León Cartagena

ELIGE LIBRE ¡VIVE LA DEMOCRACIA!

Nazario y la tortuga mágica

León Cartagena

Ilustrado por:
Julio Morales Sánchez



DIRECTORIO:

PRESIDENTE

Lic. Jacinto Pérez Gerardo

CONSEJEROS CIUDADANOS

Prof. Andrés López Muñoz

Dr. Rigoberto Ocampo Alcantar

Lic. Karla Gabriela Peraza Zazueta

Lic. Arturo Fajardo Mejía

Lic. Rodrigo Borbón Contreras

Lic. Enrique Ibarra Calderón

SECRETARIO GENERAL

Prof. José Enrique Vega Ayala

NAZARIO Y LA TORTUGA MÁGICA

de **León Cartagena**

Ilustración: **Julio Morales Sánchez**

Diseño editorial: **Bryan Vega Sánchez**

Primera edición 2014.

Paseo Niños Héroes #352 Ote. Locales 2, 3 y 5

Teléfono: 01800 50 50 450

Col. Centro C.P. 80000 Culiacán, Sinaloa. México.

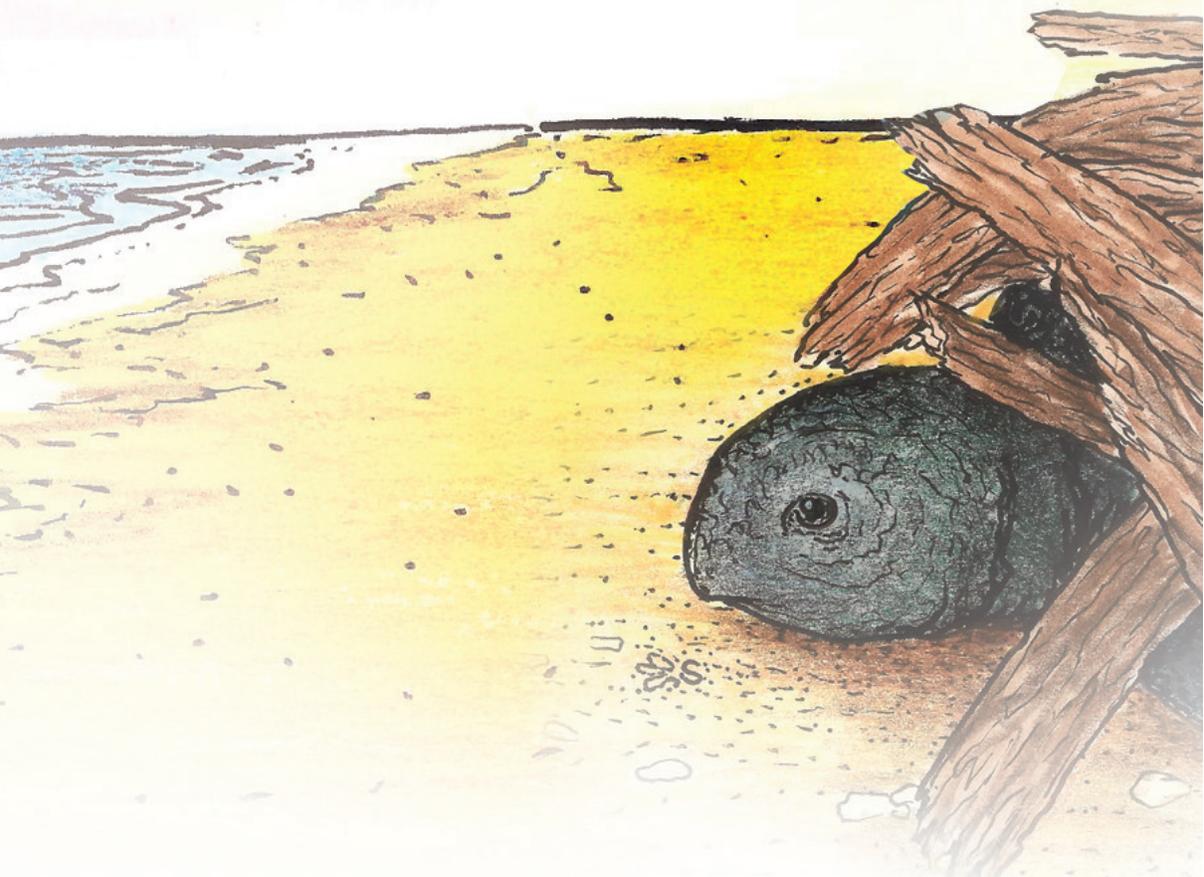
www.ceesin.mx

Correo electrónico: informacion@ceesin.mx

ISBN: PENDIENTE

IMPRESO EN MÉXICO

*Nazario y la
tortuga mágica*



Ésta historia te parecerá una locura, pero no lo es. Me llamo Nazario, Naza para mis amigos. Por ese tiempo era un niño inquieto, como cualquier niño de 11 años. Estaba por comenzar el sexto año de primaria y al mismo tiempo, la aventura más extraordinaria que jamás pensé vivir. Ahora te lo cuento, para que me entiendas.

Frente a la playa de mi pueblo, veía el atardecer del último sábado de vacaciones, se acabó el verano; el lunes regresaba a la escuela, aunque no a la escuela de siempre, pues ese fin de semana me marcharía del pueblo junto a mi familia.

Estaba sentado en la arena y comencé a mover de un lado a otro, con un palito, la cabeza y los restos de un pez abandonado por las gaviotas. Para ser sincero, estaba triste, nos marchábamos a la ciudad. Mi padre obtuvo un empleo en una exportadora de mariscos, algo que hacía mucho tiempo él esperaba. Yo sabía que el cambio nos vendría de maravilla, lo habíamos platicando durante todas las vacaciones. Pero para mí, irme del pueblo era horrible, había pasado toda mi vida a la orilla de esa playa.

—¡*Chale!* Seguro no volveré más —me dije; me agaché para tocar el agua con las manos—. ¿Para qué quieren irse del pueblo? Si aquí nos va muy bien, tengo a mis amigos, aquí puedo ayudar a don Tomás limpiando pescado durante las vacaciones, por una propina, claro.



¿Sabías
qué?

Chale: palabra que expresa desilusión, disgusto inesperado, pero tomado con calma.

Además, aquí se come delicioso; comemos camarón seco, *aguachile*, y de vez en cuando —aquí hice una pausa obligada al recordar el delicioso sabor—... *tamales bar-bo-nes*. ¡Ay mi apá! —refunfuñé.

Me sentía enfadado, así que levanté con el palito la cabeza del pescado por el aire, que se fue girando hasta que al caer, provocó un sonido como el de una cachetada. En ese instante una voz ronca y bastante molesta dijo:

—¡Eh! ¿Qué pasa? —gritó un extraño bicho atrapado bajo unas viejas maderas—¿Quién anda por ahí, por qué me ataca? —preguntó resoplando.

Me quedé helado. No sabía si acercarme a ver o salir corriendo. Pensé que se me había zafado un tornillo. El bicho se movía bajo las maderas, seguía pidiendo mi ayuda; me llamaba una y otra vez; incluso, creo que su voz tenía algo de angustia. Aun así, no terminaba por convencerme; entonces, el bicho hizo como que tomó un respiro y dijo con una voz más calmada:

—¡Anda!, acércate; tú, el que anda por ahí. Necesito que me ayuden, por favor.



¿Sabías
qué?

Aguachile: Se cree su origen es la zona serrana de Sinaloa. Se hacía con carne machaca, agua hirviendo y chiles molidos. Llegó a las costas, donde se prepara con camarón, limón, pimienta, etc.

Tamales barbones: Platillo típico de las costas de Escuinapa, Sinaloa. Son tamales con camarón y su cocción es directamente en el agua.

Yo intentaba ver a detalle a aquel bicho. Era enorme, colosal, tenía la piel de color gris muy oscuro, llena toda de manchas blancas. ¡Pobre animal —pensé— atrapado bajo las maderas!

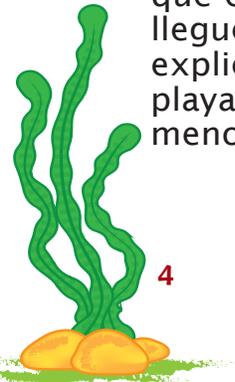
Yo había vivido mis 11 años en el pueblo, en esa playa y nunca había visto un animal como aquel. Tampoco recuerdo haber escuchado a alguien contar sobre un animal así. Ni a los pescadores más ancianos.

—¿Qué eres? ¿Por qué hablas? —le pregunté, mientras me acercaba lentamente para alejarme de nuevo. Acá entre nos, me daba un poco de miedo, tampoco mucho, sólo un poco, mera precaución.

—¿Qué crees que soy, niño? ¿No es muy evidente lo que soy? —me respondió el animal—. Soy una tortuga y estoy atrapado aquí. Una enorme ola me arrastró a la playa, y el agua misma levantó las maderas que quedaron encima de mí y no dejan moverme —comentó.

—Pues yo qué sé. Eres muy grande y extraña, y enorme; y me hablas, y todo eso —dije nervioso—. Y, además tienes 1, 2, 3..., 7 líneas como serruchito en el carapacho. Eres un poco espeluznante —le platiqué. Di unos pasos hacia atrás, no por miedo, sino mera precaución.

—No debes temerme, han nacido dos días ya, desde que estoy atrapado, nunca había visitado estas playas; llegué con un grupo de tortugas de mi especie —me explicó—. Las hembras vienen a dejar sus huevos en la playa, pero los machos jamás abandonamos el agua. Al menos no por propia voluntad —se quejó.

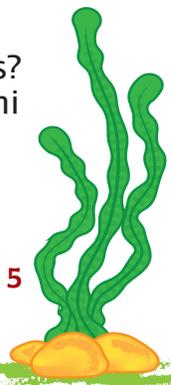




Ve dónde he quedado atrapado en esta mugrosa trampa —dijo, mientras se sacudía para intentar mover las maderas.

—Acércate, ¡anda!, debes ayudarme a volver al mar. No he comido nada en dos días; muero de hambre y mi piel está muy seca —me rogó.

—¡Nooooombre!, estás loco, ¿qué tal que me comes? —le respondí, mientras me pasaba la manga de mi camisa por la cara, para secarme el sudor.



—¡De ninguna manera muchacho! Yo no como personas, no me gustan. Me apetecen sólo las medusas, son mi comida favorita —me aclaró.

—¡Puaajj!, asco las aguamalas. Si parecen gelatinas aguadas —le dije con repudio—. Además, son venenosas ¿qué no?

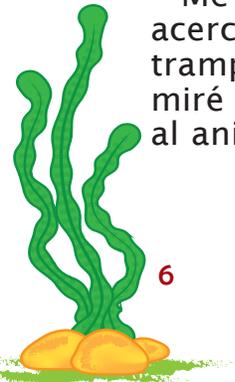
—Equivocado de nuevo muchacho, son una delicia; lo digo de verdad. Por lo menos para mí. Además sólo sus tentáculos son urticantes, y tengo una boca especial para comerlas. Pero... para, para, deja de hablar de aguamalas como les llamas, y sácame de aquí, por favor.

—No, no, no. Te saco y seguro me das un mordisco —señalé.

La tortuga me insistió por un rato. También me prometió no hacerme daño; que apenas y se viera libre de aquella trampa, se lanzaría al mar para buscar a sus amigos.

—Es más —añadió el animal—. Veo que estás afligido, me pareció escuchar que te quejabas hace un rato. Prometo que si me ayudas, te haré un regalo muy especial. No soy un animal común, ya te has dado cuenta, llevo más de mil años en este mundo —aseguró.

Me quedé callado unos minutos; comencé por acercarme a la tortuga, di varias vueltas alrededor de la trampa, hice algunos intentos por levantar las maderas, miré hacia todos lados y terminé por hincarme frente al animal.





—Muy bien tortuga, voy a intentar sacarte de ahí, pero me concederás un deseo.

—No muchacho, yo no cumplo deseos —me aclaró—, eso es cosa de genios y ya quedan muy pocos, incluso menos que las tortugas de mi especie. Te haré un regalo, eso haré —puntualizó.

—Está bien, pero no sé si pueda hacerlo solo, necesito algo con que hacer palanca —y me dispuse a buscar algo que me sirviera para liberarla.

—¡Yo te ayudaré Naza! —gritó Brissa, mi hermana menor, mientras asomaba la cabecita desde su escondite.

— ¡Brissa! ¿Qué haces escondida detrás de esa *panga*?, siempre andas de metiche.

—Mi mamá me mandó a buscarte Naza y como siempre vienes aquí, te encontré facilito. Déjame ver a la tortugota que habla, ¿sí? —me pidió emocionada.

—¡Otro niño! —dijo el animal.

—No te preocupes, es sólo mi hermana, ella me ayudará. Entre los dos intentaremos sacarte de ahí— le dije para calmarlo.

—Y ¿tienes nombre, «tortuga»? —preguntó mi hermana.



¿Sabías
qué?

Panga: Es un bote pequeño que debe su nombre a un pez, que habita en aguas de Sudáfrica. Se fabricó por primera vez en 1970.

—Vaya, por lo menos es más educada que tú —notó la tortuga—. Les contaré: mi nombre es *Lüfke*, que significa rayo —la tortuga pareció ponerse reflexiva—. Contaban los ancianos del lugar donde nací, que hace muchos siglos, durante una gran tormenta, cayó sobre la playa un poderoso rayo que provocó un descomunal orificio en la arena —nos narra—. Al fondo estaba el huevo de donde nací.

Nos quedamos fascinados con las palabras de Lüfke. Había mucho de extraordinario en todo lo que habíamos visto ese día. Pero la tortuga nos llamó al orden y nos pidió de nuevo comenzar a mover las maderas.

—Brissa, busca un tubo, un palo largo, lo que sea que nos sirva para levantar las maderas —le dije, mientras yo también comencé a buscar entre las pangas y los arbustos algo que nos fuera útil.

Trascurrieron unos pocos minutos, y mi hermana bajó de lo alto de una duna, trayendo a rastras un tubo de metal. Rápido me acerqué para ayudarla, juntos colocamos el tubo bajo una de las maderas y sobre una roca.

Entonces nos colgamos de un extremo del tubo y comenzamos a balancearnos al mismo tiempo. Lüfke empujaba desde abajo. Después de un rato y de mucho esfuerzo, una de las maderas cedió unos centímetros, lo suficiente para que la tortuga pudiera poco a poco



*¿Sabías
qué?*

Lüfke: Rayo en la lengua del pueblo indígena Mapuche, que habita al sur de Chile.

escapar de su prisión. Brissa y yo caímos de porrazo sobre la arena. Por fin Lufke estaba libre y comenzó a arrastraste hacia el mar.

—¡No he olvidado mi promesa! —gritó mientras avanzaba—. Sólo necesito refrescarme y quizá, comer un poco. ¡Gracias!, de verdad lo digo.

Brissa y yo tumbados todavía en la arena, lo vimos alejarse y entrar al agua. La tortuga se sumergió, sin dejar de agradecernos.

Mi hermanita y yo nos quedamos sentados en la arena por un largo rato. Hablábamos sobre lo felices que éramos en el pueblo, en esa playa. Cómo nos reímos. De pronto Brissa se puso de pie y comenzó a sacudirme por los hombros.

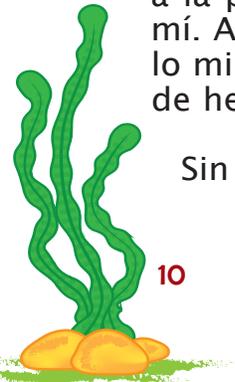
—¡Mi mamá está esperándonos desde hace mucho rato! —me decía apresurada.

Tardé en reaccionar, como si hubiese despertado de repente de un sueño muy profundo; ella me tomó la mano y corrimos hasta nuestra casa.

—Esto queda entre nosotros Brissa, ¿entendido? —le dije con seriedad.

—Lo prometo Naza —aceptó, lanzando un escupitajo a la palma de su mano derecha y extendiéndola hacía mí. A fin de dar formalidad a nuestra promesa, yo hice lo mismo y apretamos nuestras manos. Ahora, además de hermanos, éramos amigos.

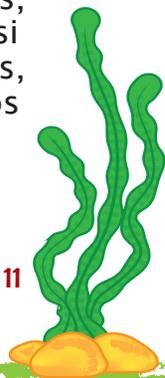
Sin dar muchas explicaciones por la demora,





entramos a casa y comenzamos a empacar las pocas cosas que faltaban. Pusimos nuestros juguetes en cajas y las marcamos con plumones de colores. Más tarde, todos nos sentamos al comedor para cenar. Después nos fuimos a dormir sin mencionar una sola palabra de nuestro nuevo amigo; estábamos muy cansados.

A la mañana siguiente, como todos los domingos, desayunamos en casa de mis abuelos; ahí llegaron casi todos nuestros parientes del pueblo para despedirnos, aquello era un circo. Parecía que nos marchábamos muy lejos y por mucho tiempo.



Ya cerca del mediodía, partimos por carretera hacia la ciudad; cantamos y jugamos al «veo, veo»; ya sabes, ese juego de dar pistas de algo que ves, mientras el otro intenta adivinar qué es. No era la primera vez que íbamos a la ciudad, pues anteriormente fui en un paseo escolar, con mis compañeros y algunos profesores, para visitar el museo, y en familia para hacer algunas compras por navidad. Pero nunca para quedarnos. Brissa *cuchicheaba* sobre lo extraño de haber encontrado a la tortuga gigante, pero yo la hacía callar cada vez. Le recordé que acordamos guardar el secreto.

Aunque yo tampoco podía dejar de pensar en Lufke, en lo mucho que me hubiera gustado que fuese un genio de verdad, pues me hubiera cumplido mi deseo de quedarme con mi familia en el pueblo y así seguir cotorreando con mis amigos.

Por fin llegamos a la casa nueva. Bajamos nuestras cosas del carro y ayudamos a instalar apenas lo más indispensable. Lo demás, después encontraría su lugar, dijo mi madre.

Esa noche, nadie quiso siquiera cenar, nos fuimos a dormir temprano, estábamos exhaustos.

Por la mañana parecíamos pasmados. Mi madre nos cambió como a muñecos de trapo, apenas probamos el desayuno y rápidamente papá nos llevó a la escuela. Él nos acompañó hasta la plaza cívica, me señaló la dirección de mi salón y luego acompañó a Brissa hasta



¿Sabías
qué?

Cuchichear: Hablar en voz baja cerca del oído para que otros no se enteren.

el suyo. Ambos —mi hermana y yo— estábamos un poco nerviosos, pero contentos; todo era novedad.

Llegué al salón antes que la maestra y me detuve en la entrada. Con la mirada recorrí todas las bancas. Busqué un lugar para sentarme; vi que frente al escritorio de la maestra, en la primera fila, estaba una banca sin ocupar. Suspiré, tomé valor y fui a sentarme. No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a llegar más compañeros, entre ellos, tres chicos que tenían un aspecto amenazante. Caminaban empujando al que se encontraban en su camino, arrastraban mochilas ajenas, y uno de ellos, el más alto con la cara llena de pecas anaranjadas, repartía *zapes* a diestra y siniestra.

Todos en el salón guardaban silencio, entendí que nadie diría nada. Así que me puse de pie y encaré a los majaderos.

—¡Ey! ¡Montoneros, no sean abusivos! —grité.

Voltearon a verme de inmediato y comenzaron a caminar hacia mí. El más alto, dejó caer una mochila al suelo, avanzó quitando de su camino las bancas que le estorbaban. Tragué saliva y comencé a arrepentirme de haber abierto la boca.

—Esto me gana por bocón —dije para mis adentros.



¿Sabías
qué?

Zape: Es un golpe dado con la mano en la cabeza.

—Miren, apareció un valiente —dijo parándose frente a mí—. ¿De dónde saliste tú, bronceadito? ¿Te caíste de tu panga? ¿O qué? —me amenazó, mientras me empujaba con el pecho.

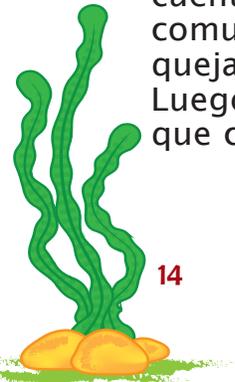
Yo estaba muerto de miedo. Nadie se atrevió a decir nada. No podía dejar de ver la cara pecosa del grandulón. Y a sus secuaces los escuchaba reír a carcajadas. Ahora sí sentía terror.

—¡Un momento jovencitos! —apareció la maestra para la más grande de mis fortunas.

—¡Me salvó la campana! —pensé. Aflojé el cuerpo y como si fuera de goma, me escurrí en la silla. Sentí que había corrido un maratón, tenía la frente bañada en sudor y apenas eran las 8 de la mañana.

—Memo, Julián y Bernardo, los quiero sentados al frente. ¡Y a la hora del recreo voy a platicar muy bien con ustedes tres! —sentenció la maestra—. No pueden portarse de esta manera, ya es su último año de primaria. ¡Vamos chicos! Es el primer día de clases.

La maestra puso orden de inmediato, todos nos sentamos y guardamos silencio. La última en tomar su lugar fue Vero; después supe que era hija de la maestra. Ella parecía unos años mayor que nosotros, pero entendí que estaba en el mismo grado escolar. También me di cuenta que le costaban más trabajo las actividades comunes, pero que a pesar de eso, no desistía, ni se quejaba, todo lo contrario, daba ejemplo de dedicación. Luego me enteré que se debía a una discapacidad, nada que con perseverancia no pudiera superar.





A la hora del recreo busqué a Brissa para comer algo juntos y no sentirme tan solo. Le conté de los brabucones, también de Vero.

—Seguro seremos buenos amigos —le dije a mi hermana.

Brissa me describió un parqucito en la parte trasera de la escuela, un jardín con columpios, resbaladillas y una cancha de basquetbol, todo en completo abandono,



pero Brissa que lo veía con buen ánimo, me dijo:

—Con dos o tres manitas de gato, quedaría hermoso Naza —y sonrió.

Fui a ver el hallazgo, y todo aquello se veía como algo que tuvo su momento, pero que ahora era un basurero.

Fueron pasando los días, mi hermana y yo fuimos adaptándonos a la nueva vida en la ciudad; claro que no faltaban los encontronazos con los abusivos del grupo. Me hacían sus bromas pesadas a la primera oportunidad. Por eso Brissa y yo nos veíamos en el parquecito abandonado a la hora del recreo; ahí comíamos lejos de los bribones de mi salón.

El primer fin de semana que pasamos en la ciudad, mis papás nos llevaron al zoológico. Yo no podía olvidar a la enorme tortuga que prometió esperarme en la playa de mi pueblo, pensaba que quizá no la encontraría a mi regreso. En el zoológico, Brissa observó un jardín muy bien arreglado y me dijo:

—Naza, ¡mira!, así puede verse el parque de la escuela—. Yo sonreí por su entusiasmo.

Algunas noches después de cenar, mi hermanita y yo hablamos de aquella tarde en la playa; ella me preguntaba si había sido un sueño que, por raro que pareciera, habríamos soñado los dos. Brissa hasta hizo un dibujo de Lufke y lo pegó en la pared del cuarto.

Un día de clases, durante el recreo, Brissa me dijo:



—¿Por qué no arreglamos el parque?

—¡Sería fabuloso! —respondí—. Preguntaré, quizá podamos hacer algo —le dije.

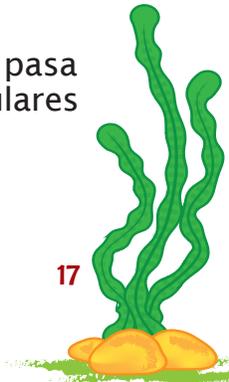
Hablé con la maestra y le pareció una idea maravillosa. Me dijo que debía seguir un plan para rehabilitar el parquecito. Incluso Vero se ofreció para ayudar en lo que pudiera. Así que, primero hablamos con don Lupe, el conserje. Él nos envió a platicarle mi idea al director. Camino a la dirección nos encontramos con el trío de bárbaros en un pasillo.

—¿A dónde vas tú, tostadito? Ya supe que andas queriendo hacer algo en el parque —dijo Julián, que claramente era el líder de la pandilla—. ¿Crees que voy a dejar que tú y la lenta ésta se apoderen del parque? El parque es nuestro, lo usaremos de ahora en adelante —afirmó.

Mientras tanto, Bernardo y Memo hacían ademanes de amenaza. Para nuestra suerte, pasaba por ahí don Lupe, que lanzó un silbido fuerte y agudo, que dejó a todos con el ceño arrugado. Los buscapleitos de inmediato salieron corriendo apenas se vieron descubiertos.

Nos dirigimos rápido a la dirección, donde comenzaron una serie de entrevistas y explicaciones. El director nos explicó que el estado del parque se debía a la falta de recursos económicos.

—Además, los niños ya no juegan ahí, la mayoría pasa el tiempo del recreo jugando con sus teléfonos celulares —dijo.



Comentó que a pesar de los muchos esfuerzos de los profesores, no habían podido evitar que los alumnos llevaran sus teléfonos portátiles. Cada vez me parecía más difícil la tarea que nos habíamos propuesto.

Por fin llegó el fin de semana, mi papá nos llevó al pueblo a visitar a mis abuelos, Brissa y yo estábamos de lo más contentos. El viaje de regreso nos pareció eterno; esta vez no jugamos al «veo veo», ni cantamos nada, pero a los dos, nos ponía muy felices volver.

Ni bien llegamos a casa de los abuelos, entramos y saludamos a todos con mucha prisa.

—¡Hola, a todos! Los extrañamos, ya queríamos verlos, vamos a playa un rato antes de comer —decíamos mientras cruzábamos la sala donde estaba toda la familia reunida.

Todos soltaron a reír y algunos hasta aplaudieron aquello como algo propio de un par de niños.

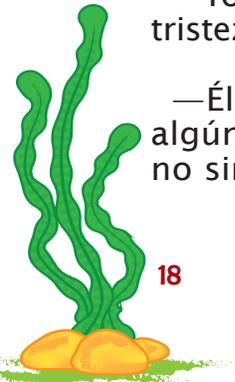
Apenas llegamos a la playa comencé a gritar:

—¡Tortuga, llegamos! ¿Todavía estás por aquí?

A simple vista la playa parecía estar como siempre, sin señales de Lufke, salvo las gaviotas y uno que otro pelícano, no había nadie más.

—Yo creo que ya se fue, Naza —dijo Brissa con tristeza.

—Él prometió esperar —le contesté—, debe estar por algún lado. Además no sabía que vendríamos —le dije, no sin sentir que su presentimiento era real.



Caminamos un rato por la orilla de la playa, gritando el nombre de la tortuga. Y cuando estábamos a punto de abandonar la búsqueda, se escuchó un fuerte chapoteo en el agua.

—¡Amigos! Volvieron —gritó Lufke—, pensé que se habían olvidado de mí, los he esperado.

De inmediato nos pusimos a saltar y a chapotear en la orilla, gritamos vivas y pateamos el agua con alegría. No había olvidado su promesa.

—Nazario —llamó Lufke—, entra al agua, quiero que me cuentes cómo te ha ido. Ven amigo, acércate —me pidió.

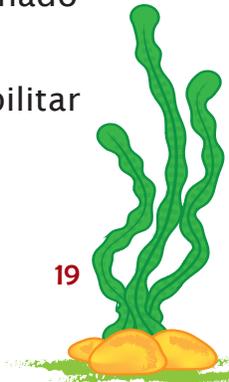
Di unos pasos hacía la tortuga y apenas el agua llegó a la altura de mis rodillas, me senté junto a ella.

—No has olvidado tu promesa ¿Verdad? —cuestioné a la tortuga.

—No, no lo he olvidado, aún estoy aquí, esperándote, ¿no? —respondió—. Deja eso ya, y dime, ¿cómo les ha ido por la ciudad?

Sonreí y comencé a narrar las dos semanas que habían pasado, desde que nos fuimos a la ciudad. Le conté de la escuela, de los tres molestos compañeros que tenía en el salón; le conté todo sobre el parque abandonado y de nuestro plan de arreglarlo.

—Pero, no creo que se pueda rehabilitar —aseguré.





Lüfke nos dijo que pasaría unos días más en nuestra playa.

—Encontré a mi grupo de migración, pronto partiremos hacia el norte —contó—. Pero quise esperar para darte mi regalo, que ahora sé, te ayudará con esa labor que te has propuesto.

Lüfke, sacó sus aletas delanteras del agua y colocó una sobre la otra, murmuró unas palabras en un idioma extraño; entonces, de entre sus aletas creció una luz blanca y fuerte, que al separarlas, sobre una de sus aletas estaba una caja pequeña de madera.

—Éste es tu regalo Nazario, en esta caja está todo lo que necesitas para conseguir lo que te propones —me dijo con mucha seriedad—. Pero, debo pedirte que no la abras a menos que sientas que lo necesitas verdaderamente.

Tomé la caja en mis manos, estaba tibia. Vi a la tortuga y supe que esa era la despedida. Él me dijo que llevara esa caja a la ciudad, me pidió que no me rindiera en mi tarea de rehabilitar el parque.

—Si tienes en cuenta el poder que tiene el contenido de esta caja y lo usas con respeto y con amor, nada podrá salir mal en tu vida, amigo —terminó diciendo.

Entonces entró al agua y comenzó a alejarse, yo me puse de pie y le pedía que esperara, que aún quedaba mucho por aprender de él. Brissa entró al agua y juntos, con tristeza dijimos adiós al enorme y mágico animal. Él se alejó diciendo que siempre nos recordaría, que estaría con nosotros de otras muchas formas y se perdió entre las olas.



Nosotros, no me da vergüenza decirlo, lloramos un rato sentados en la arena, hasta que nos llamaron a comer. Después volvimos a la ciudad. Yo atesoré la caja que Lűfke me había dado, la oculté para que nadie la viera.

Al regresar el lunes a la escuela me sentí decidido, ya no esperaba a que nadie hiciera por mí lo que yo me había propuesto. Tenía el regalo de Lűfke y no dudaría, si fuera necesario, en utilizarlo para cumplir mi cometido.

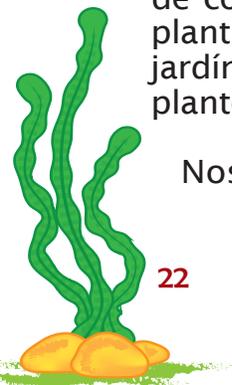
A la hora del recreo mi hermana y yo comenzamos a quitar toda la maleza muerta. Los otros niños pasaban y se preguntaban qué estábamos haciendo. Nos veían como un par de locos.

Mi maestra no tardó en darse cuenta de lo que pasaba, puesto que entré a clase después del recreo todo mugroso y cansado. Al siguiente día, ella y Vero se sumaron a la limpieza, traían consigo bolsas para la basura. También don Lupe comenzó a ayudarnos, trajo su pala, también reparó el grifo para poder colocar una manguera.

A media semana, el parque estaba limpio y se regaba la tierra. Esa tarde, mi papá nos interrogó cuando nos dirigíamos a casa para comer, arriba del auto. Le contamos lo que estábamos haciendo y él le dijo a mamá.

—Con que era eso lo que los hacía dormir siesta después de comer —dijo mamá al enterarse—. Yo tengo algunas plantas y flores que pueden verse de maravilla en ese jardín, su papá puede llevárselas a don Lupe para que las plante —nos aclaró.

Nosotros festejamos y aplaudimos a mamá. Yo pensé



que en poco tiempo el regalo que me dio Lufke estaba haciendo las cosas muy fáciles.

Al día siguiente mi papá llevó las plantas y las flores a don Lupe; en el trayecto el director lo vio cargándolas y le preguntó para qué eran. Papá le contó lo que hacíamos, por lo que el director fue con mi padre a platicar con mi maestra.

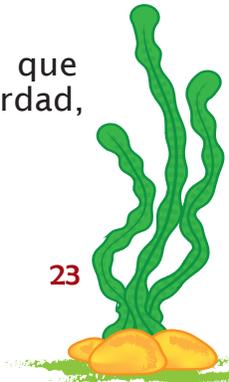
Después llegamos todos al parque. El director no podía creer lo que estábamos haciendo, le emocionaba que aquel lugar recobrar su brillo de hace años.

—Yo donaré pintura, brochas y todo lo necesario para dejar el parque como en sus mejores años —nos dijo el director—. Yo mismo ayudaré a pintar —afirmó el Profe Francisco.

Todo comenzaba a tomar forma. Era muy cansado dedicarle todos los recreos a rehabilitar el parque, pero cada vez se veía mejor, y poco a poco el número de niños y niñas que ayudaban iba creciendo. Pero, no todo podía ser perfecto, el trío de brabucones de sexto llegó reclamando, pues alegaban que aquello era su «territorio», no un lugar para bobos y niñitas. Tuve mucho miedo; ya me había salvado de una tunda el primer día de clases.

—¡Hey! todos, ¡largo de mi parque! —gritó Julián amenazante—. ¡Los quiero fuera ya!

Bernardo y Memo comenzaron a empujar a los que estaban pintando o plantando flores. Yo, la verdad, tenía ganas de enfrentarlos, pero tenía miedo.



—Si tuviera conmigo la caja que me dio Lufke —me decía, mas permanecí quieto y callado.

Cuando Julián comenzó a pisar las flores que mi mamá nos había regalado, sentí un nudo en la garganta, pero agaché la cabeza. Fue entonces que Brissa, mi hermanita, les gritó:

—¿Pero qué hacen? ¡Gritan tanto y pelean tanto que no se dan cuenta que el parque es también para ustedes! —les reclamó—. Si nos ayudan, podrán sentir que conformamos con ustedes parte de un grupo donde todos tienen su lugar. Vengan, vamos, ¿quién quiere usar mi brocha? —les preguntó.

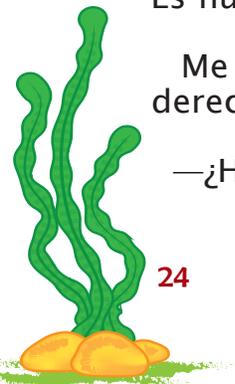
Ahora fue Julián quien se quedó pasmado y sin decir nada. Pronto los demás niños que estaban ayudando, comenzaron a invitar a los tres buscapiques.

—Vamos, pueden ayudar, el parque también es de ustedes, todos podemos ser amigos —decían en coro los que ayudaban en la remodelación del parque, desde sus lugares de trabajo.

La cara de Julián se puso colorada, casi no se le notaban las pecas, y yo, que casi dejaba que deshicieran nuestro trabajo, aprendí que aquello que hacíamos no era sólo mío, o de Brissa. El parque era para todos. Aprendí una gran lección de mi hermana. No se lo vayas a decir, ¡eh! Es nuestro secreto.

Me acerqué a Julián, lancé un escupitajo a mi mano derecha, extendí el brazo y le dije:

—¿Hacemos las paces? Podemos ayudarnos a tener un



lugar para jugar todos.

Bernardo y Memo se abalanzaron sobre mí y me empujaron hasta el suelo.

—¡Hey! —gritó Julián—, déjenlo tranquilo.

Me puse de pie, ante el asombro de los dos secuaces. Todos estaban atentos a lo que pasaba. Una niña de cuarto grado corrió a la dirección para avisar al director lo que pasaba. Pero de manera sorprendente, Julián soltó un escupitajo en su mano derecha y me ofreció su mano.

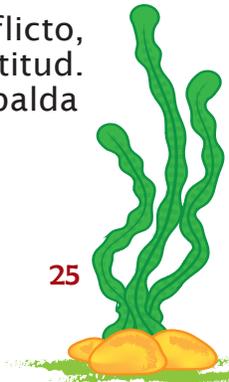
—Tienes valor tostadito —me dijo mientras apretaba mi mano—; perdón, Nazario. No volveré a llamarte así —aseguró, mientras su cara se ponía aún más colorada—, de ahora en adelante no vamos a molestarlos, a nadie, ¿me escucharon? —gritó.

Se acercó a mí y casi en secreto me dijo:

—¿Por qué me ofreces ser parte de todo esto, si nosotros siempre los fastidiamos?

—Porque un amigo me enseñó que todos somos parte del mismo grupo y que a pesar de vernos diferentes debemos ayudarnos —le dije, mientras recordaba aquella tarde en la playa de mi pueblo.

El director que había llegado a resolver el conflicto, vio cómo Julián había sido capaz de cambiar de actitud. Se acercó a él, le dio un par de palmadas en la espalda y le acercó una brocha y un bote con pintura.





—Anda Julián, que todavía hay mucho por hacer —dijo el profe Francisco.

Pronto éramos muchos poniendo su granito de arena en ese parque, que en adelante sería el lugar de muchas risas y juegos. Ahora todos éramos responsables de su cuidado, porque todos formamos parte de su limpieza y rehabilitación.

Yo había aprendido mucho de mi hermanita. También de Vero, que con empeño se mostraba dispuesta a esforzarse por los demás. Mi maestra no hizo por enaltecer la labor de nadie sobre la de otro. «Eso debe ser así», me dijo mi papá. El premio es el resultado de lo que todos habíamos logrado.

Al salir de clases el viernes, mamá le pidió a mi papá que nos llevara al pueblo. Mi abuela, que ya se había enterado de todo, prepararía tamales barbones para festejar nuestra aventura con el parque de la escuela. Brissa y yo estábamos felices.

Al llegar al pueblo, entré a la casa de los abuelos y de prisa saludé a toda la familia.

—Hola, hola. Buenas tardes, qué bueno que vinieron, con permiso —y salí por la puerta trasera hacia la playa.

Lüfke ya no estaba. Me puse un poco triste, pues quería contarle nuestro logro. Saqué la cajita que me había regalado, la coloqué sobre la arena, y la abrí; quería que el objeto que me había dejado tuviera magia suficiente para traerlo de nuevo a mi playa. Pero cuál sería mi sorpresa cuando al observar dentro de la



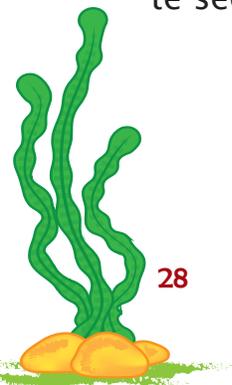
pequeña caja de madera, encontré un pequeño espejo y un papelito que decía:

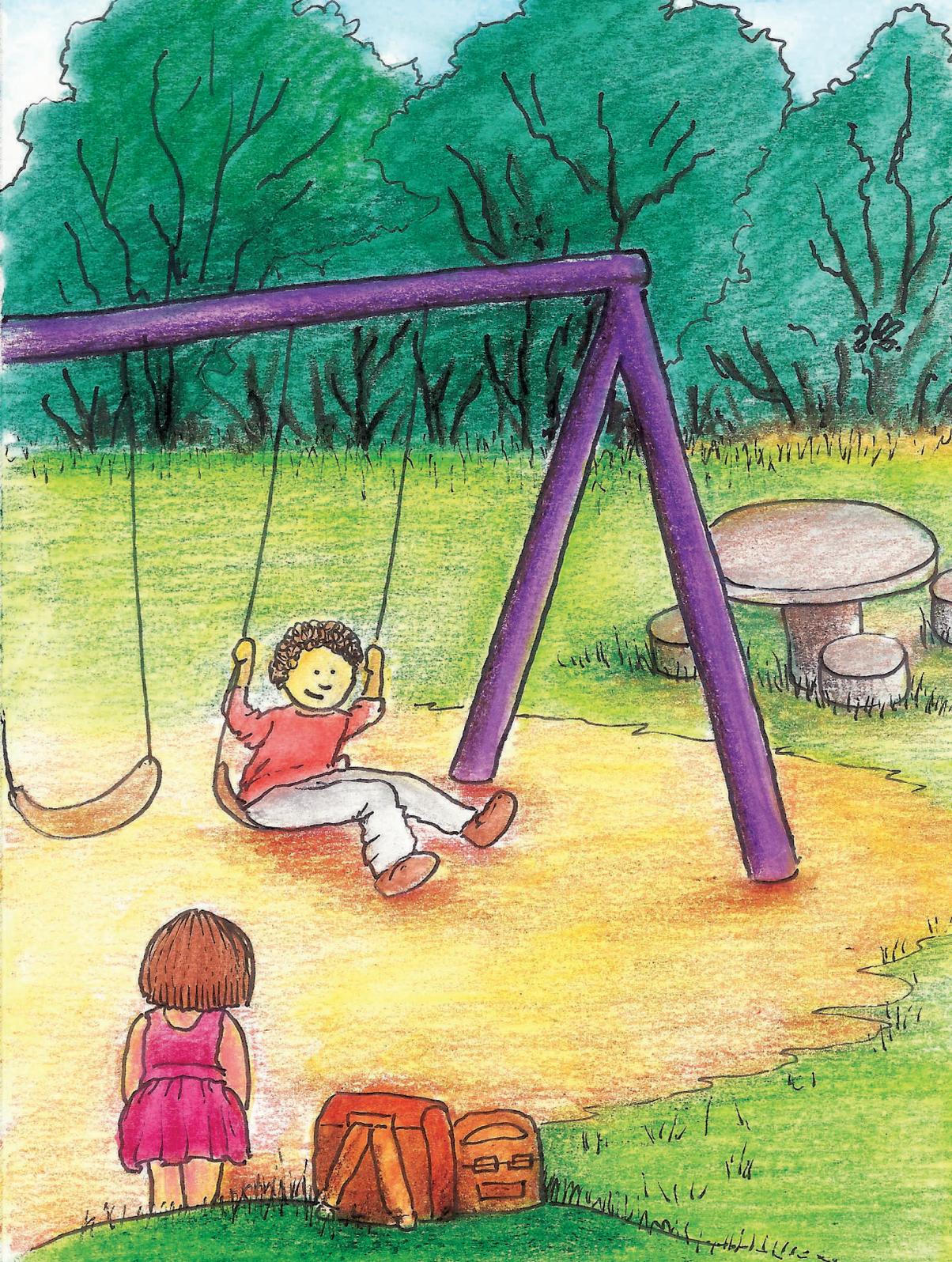
«Lo que ves en el espejo es todo lo que necesitas para lograr lo que te propones, si das un gran ejemplo los demás seguirán tu camino».

Lüfke.

Sonreí, con un poco de nostalgia, pero comprendí lo que mi amigo quería decirme. No necesitaba un objeto mágico para conseguir nada. Aún conservo aquella caja, y se la muestro a mis hijos cuando les narro la historia que ahora lees. El parque fue el mejor ejemplo de que el cambio debe comenzar dentro de cada uno, y si te esfuerzas y lo haces con cariño, otros te seguirán.

FIN







*¿Cómo comenzar
a escribir
un cuento?*



Las personas, han contado historias desde el principio de los tiempos, antes de la aparición de la escritura, las personas narraban historias que se compartían de manera oral, es decir, alguien contaba una historia y quienes la escuchaban, la narraban a alguien más, así la historia podía llegar a ser conocida por muchas personas, y en muchos lugares.

Ahora, existen muchas maneras de hacer llegar las historias a las personas, pero los principios básicos para escribir una historia, son los mismos que se usaban desde las narraciones orales.

Si no has escrito una historia antes, no te preocupes, aquí te dejo algunas sugerencias, que puedes usar para comenzar a contar. No se requiere experiencia, simplemente debes poner atención a ciertos detalles, por ejemplo:

¿Qué quieres contar? Y ¿Qué te hace sentir esa historia?

El objetivo de estas sugerencias es que, a la hora de empezar a escribir, utilices de manera consciente los elementos que usas para narrar en tu vida diaria, que están ahí, aunque no te des cuenta de ellos.

Quizá lo más difícil para comenzar a escribir tu cuento sea: La primera frase. No te preocupes, intenta

escribir una frase suelta como: Una mañana, sonó el teléfono, etc., luego mientras la historia avanza, puedes regresar a modificarla si no te convence.

La idea es romper el miedo a escribir. Siempre puedes regresar al inicio y cambiarlo.

También, debes tener en cuenta que todas las historias se dividen en tres partes básicas:

Planteamiento: Es la descripción general de la historia. ¿Dónde sucede, quienes son los personajes? etc.

Desarrollo: Son todos los sucesos y acciones que modifican la historia inicial. Que pueden ser causados por los mismos personajes o por elementos ajenos.

Conclusión: En esta parte se resuelven las situaciones que iniciaron con la historia y, que en el desarrollo cambia. Es el final de la historia.

SI QUIERES ESCRIBIR UNA HISTORIA, SIGUE LOS SIGUIENTES CONSEJOS...

1. La memoria es una herramienta fabulosa, y vamos a ponerla a trabajar. Trata de recordar un hecho interesante, puede ser de cuando eras más pequeño o muy reciente y escríbelo. Debes procurar escribir de una manera simple y muy breve. También debes escribirlo en primera persona, es decir: «Yo sentí, yo dije», etc. Al terminar, seguramente te darás cuenta que, algunas cosas que escribiste, no sucedieron exactamente como pasaron, eso comienza a ser literatura.

2. Ahora, puedes pedir a tus papás, o un amigo, que te narre algún suceso interesante que les haya ocurrido a ellos y que tú no hayas presenciado. Después, escríbelo en tercera persona, es decir: «Él/Ella fue, Él/Ella comió», etc. Con esto te darás cuenta de que existe otra forma de contar una historia, desde otro punto de vista.

3. Esta vez, busca una noticia interesante en el periódico, o en una revista que tengas a la mano. Luego, intenta escribir tu versión del suceso desde el punto de vista de alguna de las personas que están involucradas. Aquí será necesario que imagines más de lo que la noticia te cuenta, por ejemplo los pensamientos. En un paso comenzarás a crear personajes.

4. Esta vez, trata de escribir una versión del ejercicio número 2, pero ahora, cambia de tercera a primera persona. ¡Ojo!, debes contar lo más exacto posible los mismos sucesos. Al final tendrás una historia, donde

alguien que ya no es quien te narró los hechos parece contar la historia como si la hubiese vivido. Tienes de nuevo, otro punto de vista de la misma historia.

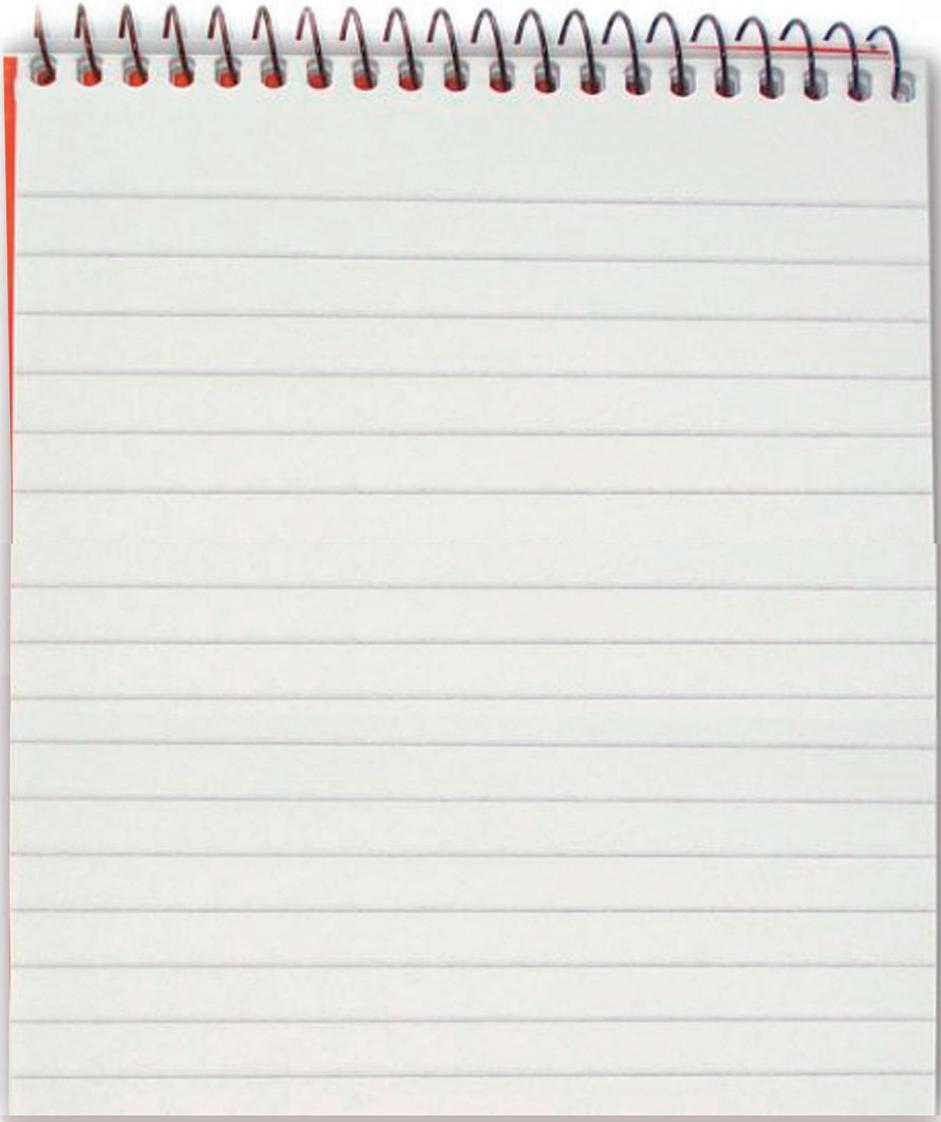
5. Puedes ver tu película favorita y escribir un breve resumen. Debes poner atención en todos los hechos relevantes de la historia, desde el principio hasta el final. No tienes que escribir toda la historia de la película, debes dar una idea general de ella. Un ejemplo de éstos resúmenes los puedes encontrar en la parte de atrás de las cajas de las películas, también algunos libros tienen uno, y también se les llama sinopsis.

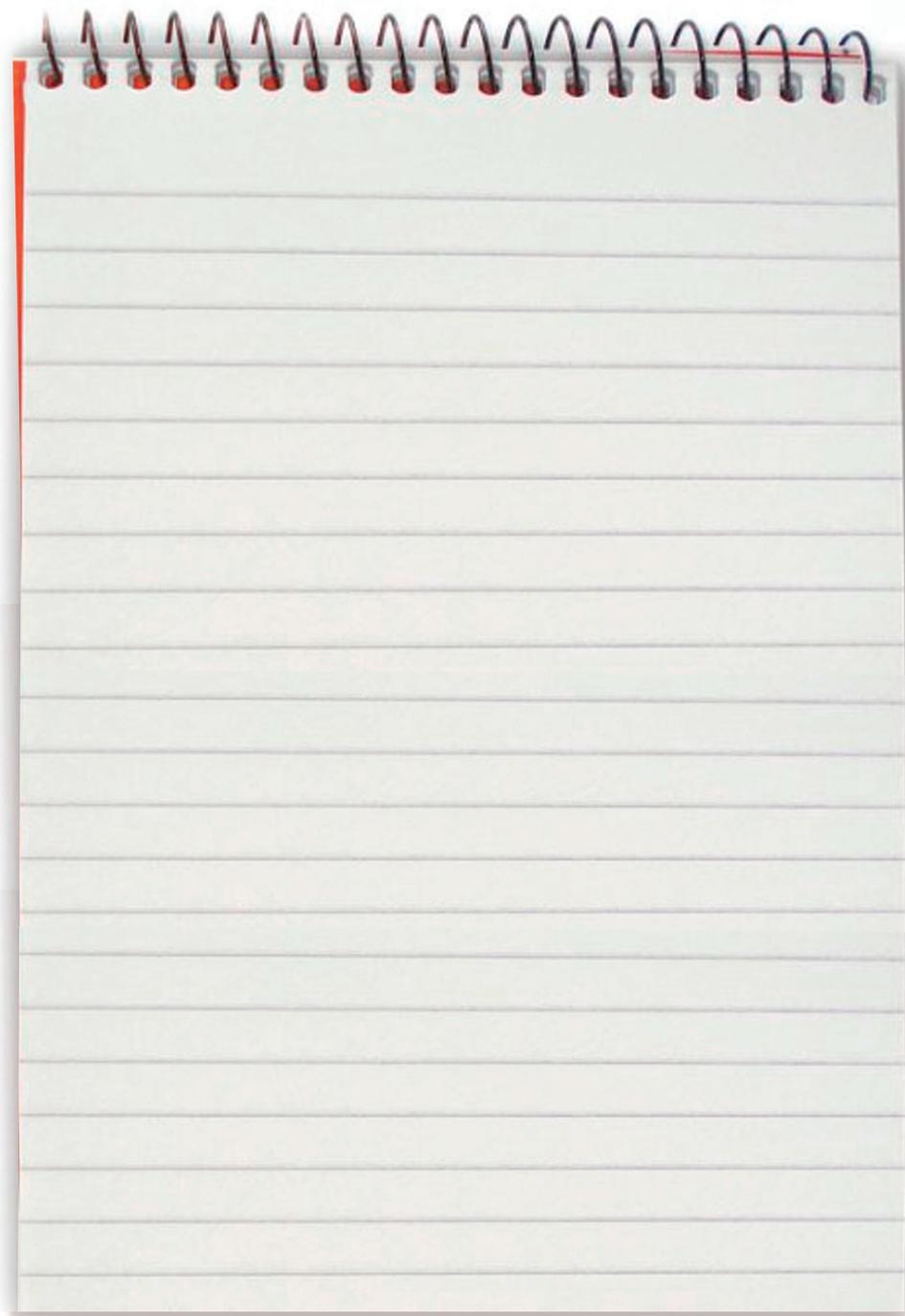
6. ¡Es hora de soñar! Este ejercicio se trata de escribir un sueño que hayas tenido. Lo ideal sería que el sueño tuviese alguna característica en particular, es decir, que haya sido muy emocionante, raro, romántico, tenebroso, etc. No trates de explicar las cosas que sucedieron en el sueño, algunas veces es imposible. Contar cosas que nunca sucedieron se llama ficción, y en este caso pueden narrarse historias fantásticas, de magia, animales que hablan, etc.

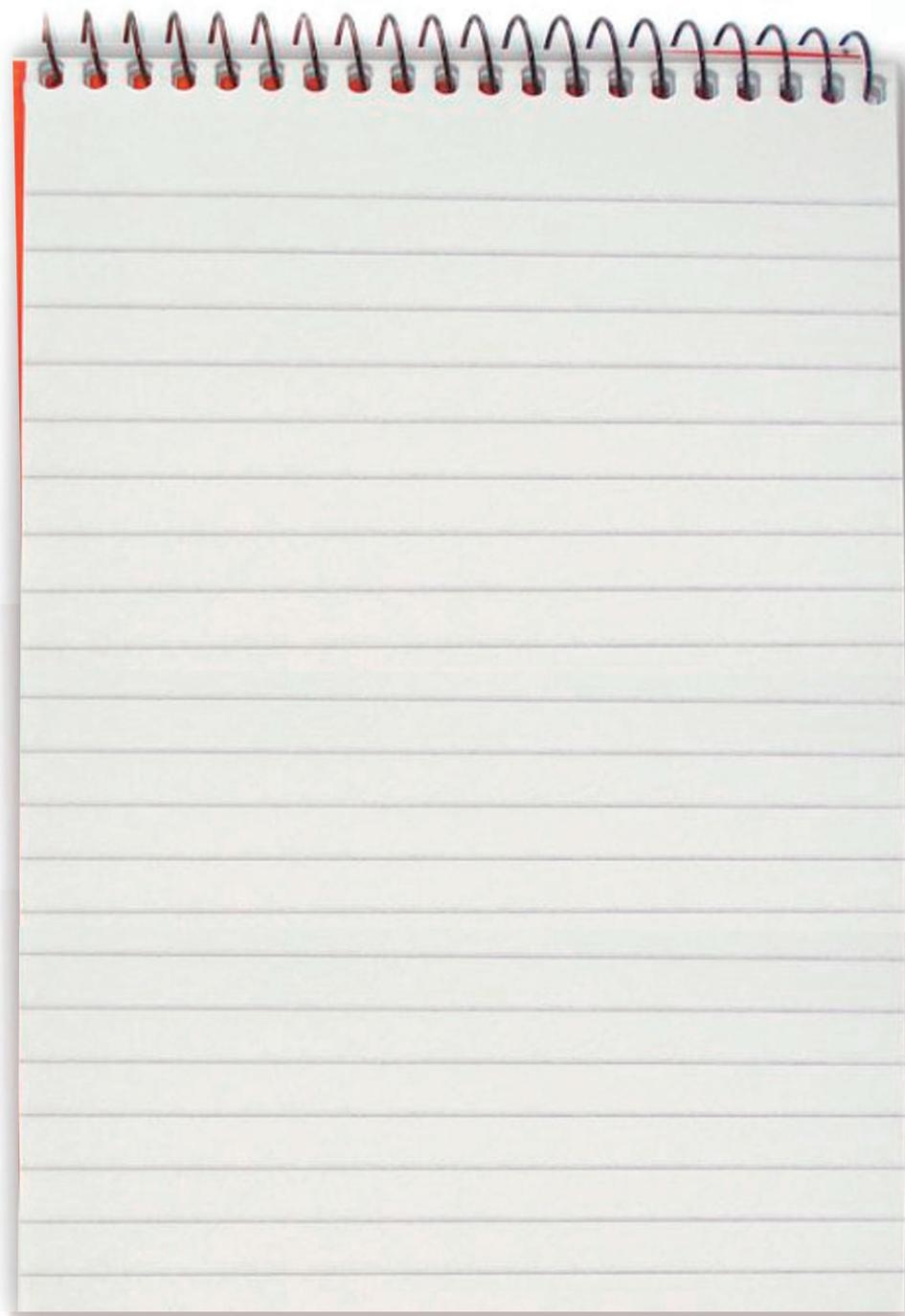
7. Vamos a imaginar. Piensa en cualquier cosa interesante que pudiera haberle pasado a un personaje que no existe, aquí puedes poner al personaje en lugares que no conoces, o que no existen. En este punto ya estás inventando toda la historia, los personajes, las situaciones y la forma en que se resuelven. Así son la mayoría de las historias que conoces en los libros, o en el cine. Ahora, estás escribiendo literatura. Ahora.

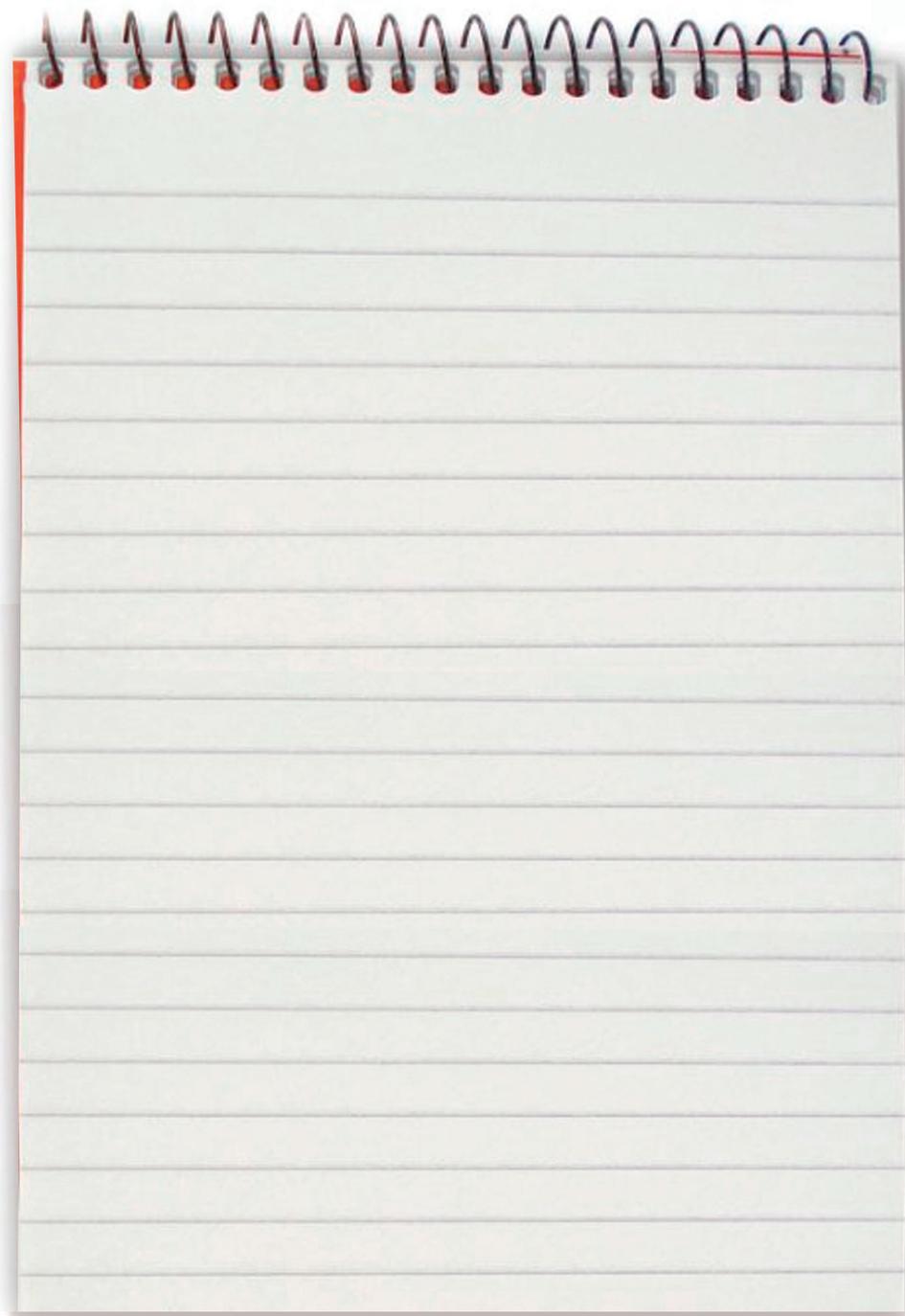
Ahora qué ya sabes cómo empezar, ¿quieres escribir un cuento?

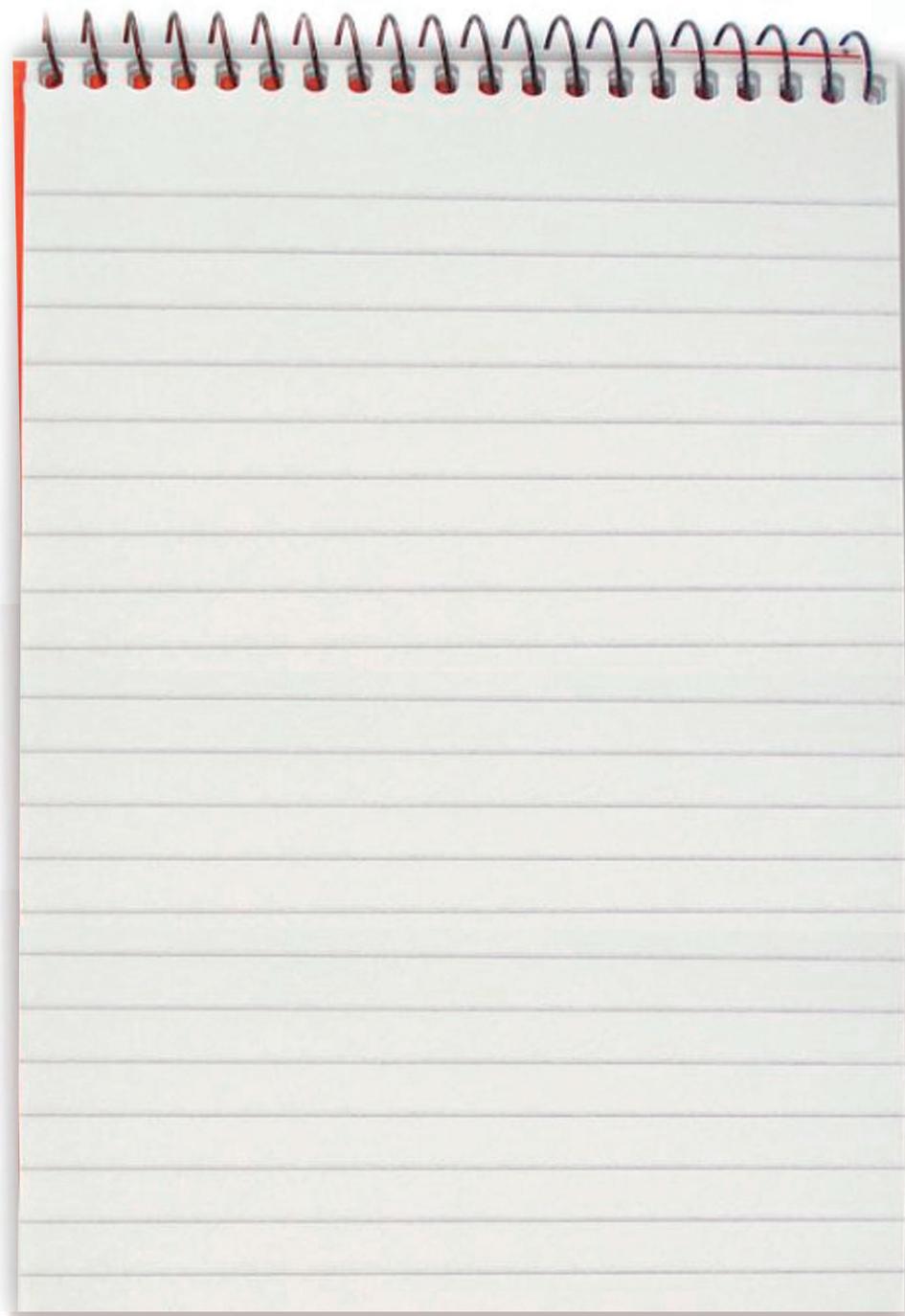
Recuerda que leer alimenta tu imaginación y, te ayuda a conocer más palabras.

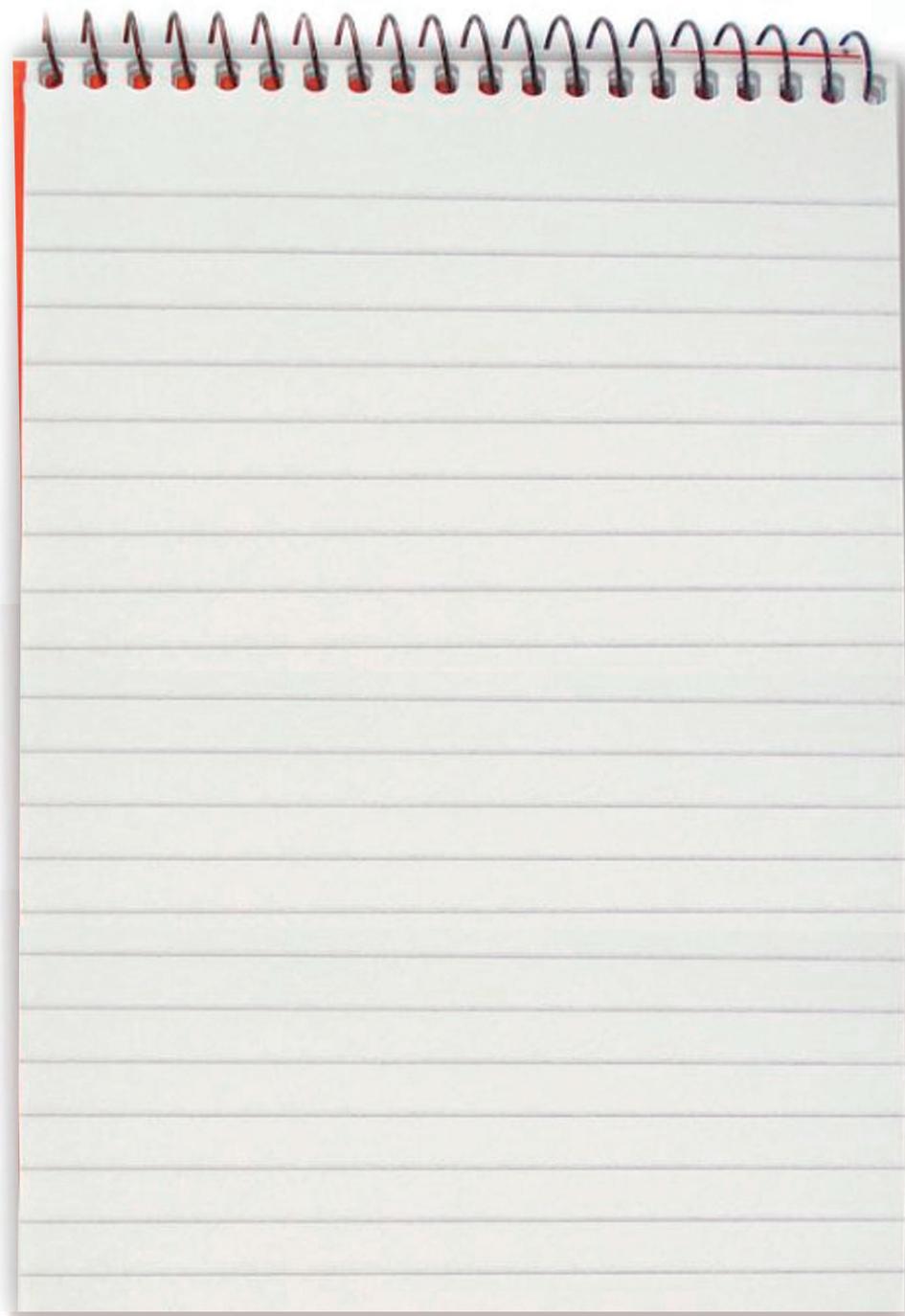


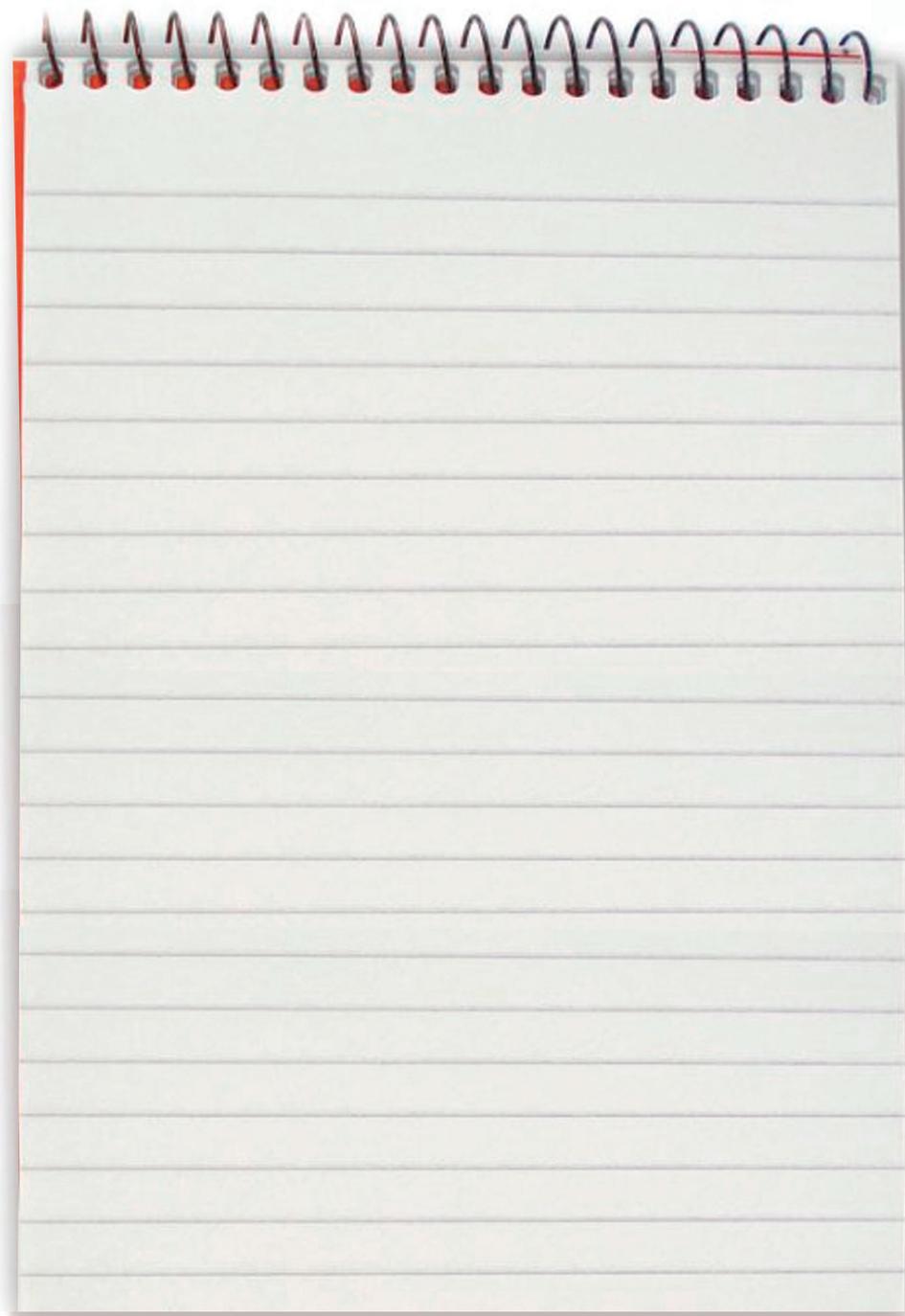












Nazario y la tortuga mágica

La tarde de su último sábado de vacaciones, Nazario está triste porque él y su familia se mudan a la ciudad. Así que, decide ir a la playa para despedirse de mar. Pero nunca imaginó, que esa tarde, conocería a un ser fantástico que, no sólo le ayudaría con su tristeza, sino que le daría un regalo que cambiará su vida para siempre.



ELIGE LIBRE *¡vive la democracia!*

